



## Nochebuena 2014

El Salvador del mundo ha nacido en medio de las circunstancias ordinarias de la historia de su pueblo. Palestina está bajo el poder del emperador romano Augusto, que ha ordenado hacer un censo de todos los súbditos de su imperio, con el fin de asegurar la recaudación de los impuestos. María y José están sometidos a este censo y se ven obligados a trasladarse a Belén, la ciudad natal de David, porque José es de la casa y de la familia de David. Con esta referencia, el evangelista aplica a Jesús la promesa del Mesías, heredero del reino de David, como lo había anunciado ya el ángel Gabriel a María. Y esta promesa se cumple ya en su nacimiento en Belén.

María da a luz a su hijo primogénito cuando le llega el tiempo, según el curso de la naturaleza. No puede escoger el momento ni esperar a circunstancias más favorables. No cuenta con ninguna ayuda en su parto, y ella misma envuelve al niño en pañales y lo acuesta en el pesebre del establo donde han tenido que pasar la noche. La vida de Jesús está marcada desde el principio por el signo de la pobreza. Y él dirá un día: *“Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”* (Lc 9, 58).

En estas circunstancias ordinarias del nacimiento de un niño en la extrema pobreza se manifiesta precisamente la gloria del Señor. Su gloria envuelve de claridad a los pastores y su ángel les anuncia un mensaje de alegría: ha nacido para ellos y para todo el pueblo el Salvador, el Cristo, el Señor. El que ha venido al mundo tan pobremente es el Salvador de Israel y de todo el mundo. Dios ha querido salvarnos con la pobreza que manifiesta la riqueza de su amor; con la pobreza que le acerca y le identifica con la nuestra.

En todas las épocas han abundado los que se han presentado afirmando: “Yo soy el hombre justo. Yo conozco el camino. Yo implantaré la justicia. Yo haré que tengáis el paraíso. Vosotros sólo debéis escucharme y concederme todos los poderes. Yo haré todo lo demás”. Pero nosotros tenemos experiencia de que no nos salvan los poderosos del mundo; reconocemos que sólo hay un Salvador: es éste niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Él es el Mesías largamente esperado, el Ungido del Señor, el definitivo Rey de Israel, dado por Dios. Él tiene sólo en su mano el poder liberador de la verdad y del amor de Dios. Y en su nacimiento se alaba la gloria de Dios y se proclama la paz para los hombres llamados a vivir en el amor y la justicia de Dios.

La Liturgia de la Palabra de esta Misa de Medianoche declara cumplida en el nacimiento de Jesús la profecía de Isaías: *“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande”* (Is 9,1). Este anuncio nos conmueve el corazón porque expresa la realidad de nuestra existencia personal y lo que somos como pueblo en camino, entre tinieblas y luces. Y en esta noche, en medio de la oscuridad del mundo, se renueva el



acontecimiento que siempre nos asombra y sorprende: el pueblo en camino ve una gran luz: Jesús, que viene a salvar al pueblo de sus pecados. Jesús, la luz del mundo, nos descubre el misterio de nuestro *caminar* como peregrinos capaces de *ver* todas las circunstancias de nuestra vida con la luz de la fe en él.

El caminar diario nos llama a situar el sentido de nuestra vida en el largo camino de la historia de la salvación, comenzando por Abrahán, nuestro padre en la fe, a quien el Señor llamó un día a salir de su pueblo para ir a la tierra que Él le indicaría. Desde entonces, nuestra identidad como creyentes es la de peregrinos hacia la tierra prometida que esperamos: ***“la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo”***. El Señor acompaña y alienta siempre nuestra gozosa espera, porque es fiel a su alianza y a sus promesas. Y el mismo Jesucristo, ***“la luz verdadera que alumbra a todo hombre”*** (Jn 1,9), ilumina nuestro camino, en el que se alternan momentos de luz y de tiniebla, de fidelidad y de infidelidad, de obediencia y de rebelión, momentos de pueblo peregrino hacia su meta y momentos de pueblo errante, que no sabe a donde va.

Si amamos a Dios y a los hermanos, caminamos en la luz; pero si nuestro corazón se cierra, si prevalecen el orgullo, la mentira, la búsqueda del propio interés, entonces las tinieblas nos rodean por dentro y por fuera. ***“Quien aborrece a su hermano -escribe el apóstol San Juan- está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos”*** (1 Jn 2,11). Entonces dejamos de ser un pueblo peregrino y nos convertimos en un pueblo errante, sin rumbo..

En esta noche, iluminada por la luz de Belén, resuena también el anuncio gozoso del Apóstol: ***“Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres”*** ( Tt 2,11).

La gracia que ha aparecido en el mundo es Jesús, nacido de María Virgen, Dios y hombre verdadero, Hijo del Padre, ***“lleno de gracia y de verdad”*** (Jn 1,14). Jesús es el Amor hecho carne, que ha venido a habitar entre nosotros (cfr. Jn 1, 14), se ha integrado en nuestra historia y ha compartido nuestro camino. Es la vida y la luz de los hombres (cfr. Jn 1, 4.9) y ha venido a ofrecernos el ***“poder de ser hijos de Dios”*** (Jn 1, 12). Esta es la gracia de la salvación, que manifiesta el amor, la misericordia y la ternura del Padre. Jesús ***“se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras”*** (Tt 2,14). Y él mismo nos llama hoy a acoger la ternura del Padre que nos ama y espera con paciente misericordia.

Los pastores fueron los primeros que recibieron el anuncio del nacimiento de Jesús, vieron el Amor de Dios hecho carne de un niño y contemplaron su gloria. Fueron los primeros porque eran de los últimos, de los marginados. Y fueron los primeros porque estaban en vela aquella noche, guardando su rebaño. Nosotros reconocemos que es nuestra condición de peregrinos estar en vela y, en esta noche de gracia y salvación, nos quedamos con los pastores ante el Niño en silencio. Con ellos damos gracias al Señor por habernos dado a Jesús; y con ellos, desde dentro de nuestro corazón, damos gloria y



Carlos López Hernández

alabanza a Dios por su fidelidad: Te alabamos, Señor, Dios Altísimo, que te has despojado de tu rango por nosotros. Tú eres inmenso, y te has hecho pequeño; eres rico, y te has hecho pobre; eres omnipotente, y te has hecho débil. Te has hecho carne humana para darnos tu espíritu divino.

Y en esta Noche nos quedamos también en silencio con María y José; llenos de admiración conservamos este Misterio y lo meditamos en nuestro corazón (cfr. Lc 2, 19). Así podremos compartir la alegría del Evangelio. Dios nos ama, nos ama tanto que nos ha dado a su Hijo como nuestro hermano y Salvador, como luz para nuestras tinieblas y fuente de gracia y de verdad. Hoy acogemos como dicho a nosotros lo anunciado a los pastores: *"No temáis, os traigo... una gran alegría"* (Lc 2,10). Y como los pastores nos sentimos llamados a anunciar lo que hemos visto y oído de aquel niño, lo que hemos celebrado. Lo anunciamos confesando la fe en Jesús ante quienes no le conocen, le ignoran conscientemente o, incluso, le combaten a él y persiguen a sus discípulos. Y somos sus testigos con las obras de amor, de servicio y de entrega de nuestros bienes a los más necesitados. Así somos para los más pobres testigos de la ternura de Dios que acogemos en la fiesta del nacimiento de su Hijo.